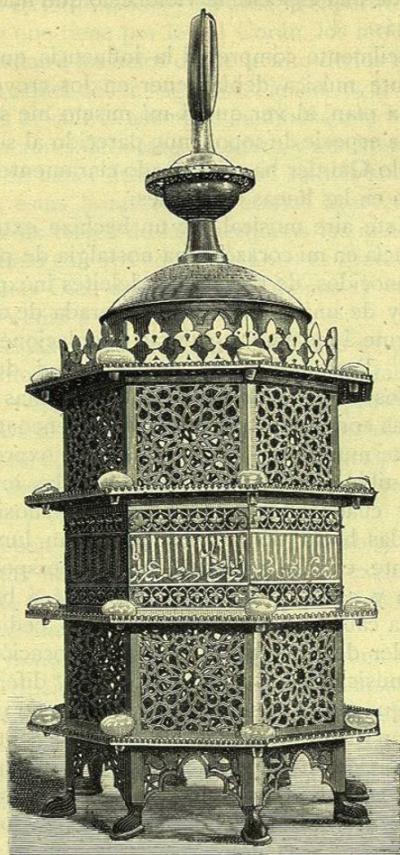


tiendas de perlas del paraíso de Mahoma? Sus bocas risueñas sin duda recibían los besos perfumados de almizcle y de benjuí de las hurfes blancas, verdes y rojas; sus ojos fijos contemplaban de seguro los esplendores de Allah, centelleando con una brillantez que hubiera oscurecido el sol, colocándolo en un cielo de luz irre-



Antigua lámpara de mezquita, de bronce

sistible; y la tierra, á la cual no estaban unidos sino por las puntas de sus pulgares, había desaparecido de su conciencia, como una teleta echada en un brasero, y flotaban perdidamente en la eternidad y el infinito, que son las dos formas de Dios.»

Cuando salen de su éxtasis, se paran, se arrodillan, y salen de la sala.

No he asistido á las ceremonias de los derviches aulladores; pero según las descripciones que se han publicado, me parece evidente que éstos caen en un estado hipnótico, análogo al que produce la danza y música de los derviches anteriores. En efecto, aullando continuamente

ciertas frases, y acompañándolas con los mismos gestos, llegan á un estado de insensibilidad tan grande, que pueden, como los Aisaúas, atravesarse los miembros con instrumentos punzantes sin sentir nada.

*Monumentos religiosos diferentes: mezquitas, conventos, etc.*—El verdadero centro de la vida árabe es la mezquita, la cual, en vez de ser, como el templo cristiano, un edificio destinado exclusivamente á adorar al Señor, sirve á la vez de punto de reunión, de adoración, de enseñanza y hasta de morada.

Hemos indicado ya el plano general de las mezquitas, las más antiguas de las cuales no discrepan de él. Compónense de un patio rectangular, cercado de galerías, uno de cuyos lados es más profundo que los tres restantes y sirve de santuario. En medio de este patio se levanta una fuente para las abluciones, y en el santuario se halla siempre el *mihrab*, nicho abierto en la pared y colocado del lado de la Meca; el *Member* ó alminbar, púlpito desde donde el predicador habla á los fieles, y junto al cual hay un atril con un Corán abierto durante el servicio religioso. Pende del techo gran número de lámparas y los muebles se reducen á esteras y tapices.

Al lado del santuario hay generalmente una sala en forma de capilla que contiene el sepulcro del fundador de la mezquita.

En los ángulos de cada mezquita se levantan siempre unas torres llamadas minaretes, desde lo alto de las cuales los voceadores llaman á los fieles á orar.

En las dependencias de las mezquitas existen frecuentemente unos baños públicos, una hospedería para los viajeros, caballerizas para las bestias, un hospital para los enfermos y una escuela (*medresé*) para los niños; lo cual produce en las mismas mezquitas la confusión de la vida civil y religiosa que tanto caracteriza á los mahometanos.

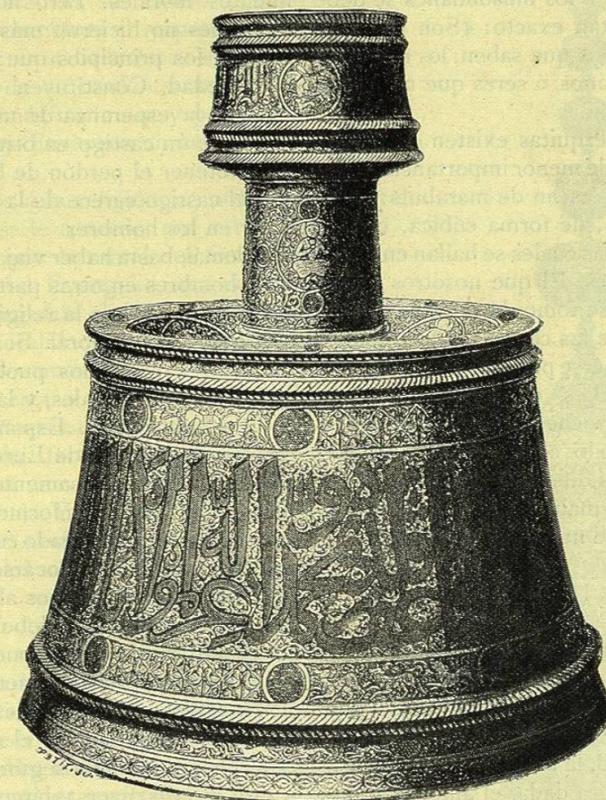
Las mezquitas están abiertas desde el amanecer hasta la última oración de la tarde, es decir, hasta unas dos horas después de ocaso.

Cada mezquita es independiente, sosteniéndose de la renta de los bienes que sus fundadores le han dejado, y que con frecuencia aumentan piadosas donaciones. Adminístrala un intendente con la ayuda de algunos imanes, especie de sacerdotes secundarios que muchas veces ejercen al mismo tiempo un oficio, y que están encargados de leer cotidianamente la oración á las horas canónicas. Los imanes, los

porteros, los voceadores, los aguadores, criados, etc., forman un personal bastante numeroso, hasta en las mezquitas más pequeñas.

Las mezquitas no sólo son centros de reunión y oración, lugares de albergue para el forastero, y de socorro para el enfermo, sino también centros de enseñanza. Las más pequeñas sirven de escuela para los niños, y las más

grandes son á veces verdaderas universidades, tan importantes como las de Europa. Tal es, por ejemplo, la célebre mezquita de El Azhar en el Cairo, que contiene 300 profesores y más de 10,000 alumnos, procedentes de todas las comarcas del islam. Esta mezquita constituye un centro muy importante en lo literario y religioso, por formarse en ella los personajes más



Flamero del sultán Kalaún

influyentes, como sacerdotes, sabios, magistrados, etc. Desgraciadamente la enseñanza se reduce á lo que fué al empezar la decadencia de los Arabes, y representa poco más ó menos el programa de nuestras universidades de fines de la Edad media. Además de la lectura y de la inteligencia del Corán, se enseña allí aritmética, geometría, astronomía, gramática, literatura, retórica y lógica.

La analogía de la enseñanza dada en las mezquitas con la de nuestras antiguas universidades, no se reduce tan sólo á los programas, una vez que se extiende á los métodos y á la vida del estudiante. Al recorrer la mezquita de El Azhar durante los cursos de los profesores

parecíame que un mágico me había trasladado á una de nuestras viejas universidades del siglo XIII: allí veía la misma confusión entre los estudios teológicos y los literarios; allí veía aplicar los mismos métodos; allí veía á los estudiantes, reunidos en corporación, y disfrutando de las mismas inmunidades y franquicias. En la inmensa sala que también sirve de santuario, cada catedrático está sentado en unas esteras, en medio de un círculo de discípulos vestidos de un castán negro y de turbante blanco, con la pluma de caña en la mano para tomar notas, y el tintero colocado en la cintura.

En la mezquita de El Azhar los estudiantes más pobres son mantenidos por el mismo esta-

blecimiento, y habitan en las dependencias del mismo.

Todos aquellos jóvenes me parecieron ganosos de aprender y aficionados á la ciencia: llevados de este afán, los hay que llegan de las comarcas más remotas del mahometismo, como la India y Marruecos; pues así como las demás religiones menosprecian la ciencia, la islamita la tiene en mucho, y á los musulmanes se debe aquel pensamiento tan exacto: «Son hombres los que aprenden y los que saben; los restantes no son más que gusanos, ó seres que no sirven para nada.»

Además de las mezquitas existen otros monumentos religiosos de menor importancia, como sepulcros de santos, ó sean de marabuts: construcciones pequeñas, de forma cúbica, cobijadas por una cúpula, las cuales se hallan en todos los países musulmanes. El que nosotros publicamos en esta obra se tomó de un ameno sitio, el bosque sagrado de las cercanías de Blidah.

También debe tenerse por edificios religiosos los conventos ó tekkes, donde viven ciertas corporaciones de derviches; pero su número es muy corto, sobre todo comparándolo con los de Europa; y además difieren poquísimamente de las otras moradas de los mahometanos, y no tienen el aspecto sombrío de nuestros monasterios.

### III

#### LA MORAL EN EL ISLAMISMO

Las prescripciones morales del Corán son excelentes, pues enseñan la caridad, la beneficencia, la hospitalidad, la moderación del deseo, la fidelidad á la palabra dada, el amor al prójimo, el respeto á los padres, la protección á las viudas y á los huérfanos, y hasta la recomendación muchas veces repetida de volver bien por mal: en una palabra, la moral del Corán y la del Evangelio son casi idénticas.

Pero el estudio de la moral que un libro enseña poca importancia tiene; pues no hay religión alguna cuyos principios morales no sean excelentes. Lo que conviene saber cuando se estudia un pueblo no son las virtudes que le enseñan, sino las que practica. En efecto la experiencia demuestra que la relación entre unas y otras es generalmente muy tenue.

En el capítulo de nuestra anterior obra dedicada al estudio del desarrollo de la moral, hemos procurado demostrar que entre los factores que determinan su formación, como la utilidad,

el centro, la opinión, la selección, las prescripciones legales, la educación, la inteligencia, etcétera, las religiones no desempeñaban casi nunca sino un papel secundario; que en los antiguos cultos no había recomendaciones concernientes á la moral, y que únicamente en las religiones de los Hindus y en las que crearon Moisés, Jesucristo y Mahoma existen mandamientos morales. Pero adviértase que estas religiones no hicieron más que apoyar con su sanción los principios que ya se enseñaban en la sociedad. Constituyen únicamente aquella sanción la esperanza de una recompensa y el temor de un castigo en otra vida; pero como es fácil obtener el perdón de los crímenes, el miedo del castigo carece de la eficacia que podría tener en los hombres.

Además basta haber viajado algo, estudiando á los hombres en otras partes que en los libros, para reconocer que la religión es del todo independiente de la moral. Si hubiese parentesco real entre ambas, los pueblos más religiosos serían los más morales; y la realidad dista mucho de confirmarlo. España y Rusia me han parecido los puntos de Europa donde se cumplen más escrupulosamente las prácticas del culto; y creo estar conforme con los observadores que los han estudiado cuidadosamente, asegurando que debe colocárselos entre aquellos cuya moralidad es menos alta (1).

Por consiguiente no debe buscarse las causas del estado moral de un pueblo en la religión, pues repito que todas tienen excelentes principios morales, y si se cumpliesen, reinaría la edad de oro en la tierra, pero el modo de seguir estos principios cambia según la época, el centro, la raza y otras diversas circunstancias, por cuyo motivo, á pesar de tener una misma religión, hay pueblos que están á diferente nivel moral.

Todo lo precedente es aplicable á todas las

(1) El principio religioso-moral de que Mr. Le Bon habla, no tiene la menor duda; pero nosotros también hemos viajado un poco, y creemos que en punto á moralidad todos los pueblos europeos, *mutatis mutandis*, se hallan al mismo nivel moral y religioso, salvo Suiza, que en la parte moral los aventaja á todos. La diferencia que existe entre los demás es que cada uno tiene cierta originalidad propia en su conjunto moral, siendo muy cómico y grotesco ver cómo unos abominan del conjunto de otros, suponiendo que el suyo vale más. En cuanto á religión, España es uno de los países de Europa donde prevalece más la indiferencia, y donde es más enérgica la irreverencia por el catolicismo. No sólo aquí en 1835 se quemó los conventos y degolló á los frailes, sino que si durante los períodos reaccionarios se deslizan frailes entre nosotros, así que amanece un período liberal, ellos mismos huyen disfrazados, demostrando que conocen más á nuestro país que todos los señores Le Bon que aseguran haberlo estudiado. El autor de esta obra, según parece, lo estudió pasando algunos días en Sevilla y Granada, y examinando el resto por las ventanillas de los trenes de París á Andalucía. (N. del T.)

religiones imaginables, inclusa la mahometana; pues aunque sus preceptos morales sean excelentes, su influencia ha dependido de las épocas, razas y centros.

Durante los primeros tiempos del islamismo la moralidad de los Arabes fué mucho mayor que la de todos los pueblos que entonces existían y particularmente que la de los cristianos; y su justicia, su moderación, su benevolencia, y tolerancia con los vencidos, el respeto de sus promesas, su carácter caballeresco, son notables, contrastando de un modo extraño con la conducta de las demás naciones, y particularmente con la de los Europeos en la época de las Cruzadas.

Si atribuyésemos á la religión la influencia que generalmente se le concede, nos veríamos obligados á decir que la moral del Corán es muy superior á la del Evangelio, una vez que los pueblos que seguían el islamismo tenían muchísima más moralidad que los cristianos. Pero lo que ya llevamos dicho demuestra la falta de lógica de esta conclusión. La moralidad de los musulmanes cambió, como la de los cristianos, según los factores que hemos ya enumerado; y si en unas épocas fué muy alta, en otras fué muy baja. El largo dominio de los Turcos ha rebajado también mucho la moralidad de los Orientales sometidos á su yugo; pues en todo país donde no hay más ley que el capricho del señor, ó el de sus delegados, tiranuelos que no piensan más que en enriquecerse; en un país donde no hay que esperar justicia, y donde nada se obtiene sino derramando oro, la corrupción no puede menos de hacerse luego general, por no haber moralidad posible. Así es que la de los Orientales sometidos á Turquía es muy escasa; pero el Corán es tan inocente de esta degeneración, como el Evangelio lo es del estado idéntico en que se hallan las poblaciones cristianas que viven bajo el mismo régimen.

Con esto se habrá reconocido la falta de verdad que hay en aquella opinión tan generalizada hoy en Europa de que depende del mahometismo el extremo de inferioridad moral en que se hallan ciertos pueblos orientales. Tal creencia es el resultado de la siguiente serie de errores: que el Corán ha creado la poligamia; que el supuesto fatalismo que enseña, conduce los hombres á la inacción, y finalmente que Mahoma no exige de sus discípulos sino prácticas fáciles de cumplir. Todo lector que ha llegado hasta aquí sabe ya que semejantes pro-

posiciones son inexactas, pues ya hemos visto que la poligamia existía en todo Oriente muchos siglos antes de Mahoma; que el Corán no es ni más ni menos fatalista que cualquier otro código religioso, y que si los Arabes son de carácter fatalista, ese fatalismo no les ha inspirado la inacción, ya que llegaron á fundar un



Lámpara de la mezquita de la Alhambra (Museo español de antigüedades)

gran imperio. Finalmente, hemos demostrado de sobra que las prescripciones morales del Corán son tan puras como las de otros libros de la misma índole. Además, si fuese cierto que el Corán ha degradado á los pueblos orientales, deberíamos también reconocer que los Orientales que no son polígamos, ni fatalistas, cual los cristianos de Siria, se habían sustraído á esa decadencia; y no hay autor de los que han estudiado el Oriente, que no se vea obligado á reconocer que estos últimos tienen un nivel